

CARMEN MARTÍN GAITE

EL LIBRO DE LA FIEBRE

Prólogo de Jenn Díaz

Edición de Maria Vittoria Calvi

 **Siruela**

Libros del Tiempo

ÍNDICE

Prólogo	
Jenn Díaz	9
Nota a la edición	
Maria Vittoria Calvi	17

EL LIBRO DE LA FIEBRE

A modo de prólogo	31
<i>Allegro, molto vivace</i>	52
Andante	147

*A todos los bienaventurados
que hayan delirado alguna vez*

Pescador déjame tu red que un
pensamiento se me fue flotando
(Hai-Kai japonés)

A modo de prólogo

Empiézase a escribir este libro en el huerto de Fray Luis de León («La Flecha», provincia de Salamanca) a 29 de junio del año del Señor de 1949.

Este era el momento que yo esperaba. Sin duda ha sonado la señal, y por eso estoy aquí, y por eso están aquí los árboles cargados de fruto, la fuente, las florecillas separadas, meneadas por la brisa y por los abejorros y a mi espalda, al otro lado de la carretera el río Tormes con toda la calma del mediodía encima. Este era el momento. Durante cuarenta y ocho días he vivido para venir ahora aquí.

Me han dicho que fueron cuarenta y ocho días con ella, los que velaban al lado de los relojes, los que hubieran querido atar mi pulso al corazón de los relojes, los que contaban mis palabras, mis risas

y mis silencios y los ponían en fila, los que colocaban mis minutos al lado de los suyos y luego los mezclaban y hacían solitarios con aquella baraja —de arriba para abajo, de abajo para arriba—; los que se paseaban impacientes y aburridos al compás de los relojes esperando mi regreso. Ellos me lo han dicho. Apenas he desembarcado es lo primero que me han dicho: «Cuarenta y ocho días de fiebre, cuarenta y ocho días. ¡Maldito tifus!... Pero ya pasó».

Sí, ya pasó. Cuarenta y ocho días de viaje. Y a lo largo de ellos, este momento: el cielo, el aire, este cuaderno blanco. Todo entrevisto a ráfagas, deformado. Era un momento eterno porque se me quemaba, apenas iniciado, en la hoguera de mi deseo. Y de nuevo nacía.

Ardían las yerbezuelas, las alas de las mariposas —alargadas, enormes, tapando el aire—, las nubes blancas del mediodía y las cuartillas escritas que no conseguía salvar. Ardía el paisaje y ardía mi libro. Era todo una llama.

Y ahora heme aquí por fin, flaca y gozosa, balbuciendo palabras con mis pies en la tierra. He venido a la sombra de los árboles, mirando estoy las flores y escuchando a los pájaros. Este paisaje no parece aquel. ¿Cómo lo he conocido?

Empezaré mi libro. Yo no soy responsable de mi libro, alguien me lo injertó y aunque no lo

escribiera, viviría. Yo lo he visto, lo he leído muchas veces. Me acuerdo de sus márgenes y de sus galerías, me acuerdo de su ruido.

Él ya está, por su cuenta. No haré sino plantarlo en esta paz, ardiente y sin comienzo como estaba, como entró en mi cabeza, a paletadas, a borbotones. Como hizo el Señor. Lo trasladaré a esta tierra y crecerá él solo.

¿Y por dónde empezar? Yo sé que tenía que llegar a esta tierra, y ya he llegado. Pero ni casi a respirar me atrevo. Me tenderé entre las cosas y pondré mi mirada sobre ellas, sin nombrarlas. No se quiebren. No se enturbien. Y así esperaré el milagro de mi libro.

No sé cuánto tiempo estaré aquí todavía. Ni cuándo me despertaré en otro sitio. He viajado por países en que no había tiempo, he corrido por oscilantes paisajes que se marchaban y volvían sin dejar tristeza.

Ahora miro las cosas de esta orilla. Parece eterna su luz y eterna la mirada de mis ojos. No sé cuánto tiempo durarán como están ahora, tras pasadas de paz, con su peso y su color propios. Cuando un viento haya levantado esta decoración y haya mudado las cosas de sitio, cuando abra los ojos otra vez a través de un humo de extrañeza y nostalgia, tal vez miraré mis manos y ya tendré mi libro en ellas.

Oiré que dicen: «Has escrito un libro mientras dormías».

Subí las escaleras del metro, y todo el bullicio de las máscaras desembocó detrás de mí en la noche de primavera y se desbordó apagadamente.

Aquel hombre que no llevaba careta enfiló por la calle de Narváez. Era un hombre de anchas espaldas y enormes pies; iba vestido con unas ropas oscuras, ásperas al tacto. Apenas me acuerdo de otra cosa.

Tampoco sé desde dónde había venido a mi lado en el vagón, sus zapatos pegados a los míos, su aliento algunas veces llegando a mis mejillas, que yo no me atrevía a levantar. Sabe Dios cuánto tiempo nos duró aquel viaje.

En el vagón, separados por un vaho espeso y húmedo, se apretaban los rostros de cartón piedra. Se ladeaban angustiosamente mirando al vacío sin pestañear. Con idéntica mueca. Caretas rojas, abotargadas, caretas grandes, caretas de tornasol, pardas caretas. Todas con el mismo gesto de buey. Nadie miraba a nadie, ni nadie hablaba una palabra o se movía. Esto estaba prohibido en grandes letreros pegados a las paredes del vagón:

PROHIBIDO MOVERSE.
SALGAN SIN DESMANDARSE.
NADIE SE MUEVA.

Las personas, cada una con su cuerpo, que podría ser el de la otra de al lado, parecían colocadas en un escaparate. Figuras de cera de un museo, casi verdaderas. A punto de hablar, a punto de iniciar un normal intercambio con las otras, como en un mercado, una fiesta o una oficina. A punto de decirse: «¿Permite?». «¡Usted perdone!».

Hacía calor y la luz era escasa y de un tono violeta. De debajo de aquellas muecas uniformes, de dentro de aquellos cuerpos, parecía subir un sordo y contenido rumor, una rabiosa música de encarcelados que se confundía con el sonar de las ruedas sobre los raíles.

El hombre desconocido paseaba su mirada descaradamente sobre todos los rostros y los cuerpos. Y también sobre mí. Principalmente. Yo lo notaba; me sentía indefensa debajo de sus ojos, aunque ni una vez le miré. Me llegaba la cabeza a la mitad de su pecho y fingía distraerme mirando hacia los lados y contando en el suelo las mondas de naranja y las colillas esparcidas. Leyendo los carteles pegados a las puertas. Aquellos carteles que mandaban en letras muy gruesas y muy rojas:

NO SE MUEVAN. POR FAVOR, NO SE MUEVAN.
CADA CUAL A SU SITIO.

Eran tan grandes como telones. Por algunas partes, cubrían enteramente los cristales.

El hombre desconocido balanceaba sus brazos, trenzaba las manos y los pies, mecía todo el cuerpo en bruscas y pequeñas sacudidas, como danzando a un compás arbitrario, ajeno a toda música. Cada vez que sus ropas rozaban las mías, me parecía que le sentía reírse y temblaba mi cuerpo a este contacto. Pero no me atrevía a irme de su lado. Me aturdía mirando a derecha e izquierda: «Que no crea que me sobrecoge. Que no vaya a notar que estoy asustada». Escaparse del roce de aquel hombre era como alistarse en aquellas filas de rostros inmóviles, sujetos, enhebrados unos con otros. Rostros de mujeres con pelo de estopa y rostros de niños en brazos, de muchachas de labios enormes, de novios de estas muchachas, de mendigos, de obreros, de señores, de policías. Todos apelotonados, indistintos, sobre el fondo blanco y rojo de los cartelones:

PROHIBIDO MOVERSE. NADIE SE MUEVA,
POR FAVOR.

Y aquel hombre desobedecía con un vaivén cada vez más fuerte y más irresistible. Y me impedía irme con las máscaras, me daba compañía y desasosiego. Yo también me movía. Movía mis brazos y mis pies como presa de vértigo, como contagiada de la danza de aquel hombre cuya sola presencia me hacía temblar. Sentía deseos de sacudir aquellos cuerpos y de abofetear aquellos rostros. Y pensaba: «Me echarán de aquí. Nos echarán a los dos juntos. Pero peor todavía es que note que estoy asustada».

La calle de Narváez era también mi camino. Al encontrar la salida, todo cesó. Se oía el ruido de las gentes que salían detrás de nosotros. Un rumor de conversaciones y de risas que se había hecho totalmente normal.

El hombre atravesó a la acera de la izquierda. Me detuve, aún sobrecogida, como esperando. Luego, a pasos largos, eché a andar detrás de él.

Toda la gente se detuvo en grupos o se marchó por la acera de la derecha. Su rumor, como la música de una colmena, se quedaba adelgazado a mis espaldas.

Pronto llegué cerca del hombre, a unos veinte pasos, y a esa distancia me mantuve ya cuidado-

samente, acomodando mi ritmo al suyo. La calle estaba mal iluminada y empezaba a ser de noche.

Mis tacones sonaban en la acera al compás de los tardos movimientos del hombre desconocido. Él sabía que yo le iba siguiendo, que no me había marchado por otra calle. Andaba a pasos perezosos y vacilantes, proyectando en el suelo una sombra grotesca que aparecía y desaparecía bajo sus pies. En aquella sombra destacaba la cabeza, que iba creciendo hasta hacerse gigantesca y se movía a derecha e izquierda como un péndulo.

A trechos, cuando pasábamos debajo de alguna bombilla encendida, se hacía tan grande que parecía que se iba a desprender del cuerpo y rodar con estruendo delante de mis pies, sobre las losas.

Tenía puesto todo mi cuidado en caminar bordeando aquella sombra, sin pisarla nunca, y a veces que estaba a punto de hacerlo, me detenía conteniendo el aliento, poseída de una violenta emoción.

No sabía qué hora era, ni cuánto tiempo llevábamos andando por la calle el hombre y yo. Me di cuenta de que algunas gentes que se cruzaban con nosotros eran mucho más pequeñas y más definidas que él y que pasaban hablando y riéndose sin mirarle, sin preocuparse de si rozaban o no sus ropas. No es que los vestidos de aquel hom-

bre fueran demasiado extraños. Aunque sí, tal vez lo eran. Pero esto no importa nada. Si aquellas gentes hubiesen podido verle, le habrían mirado como yo. Pero es que no le veían. Comprendí que solo yo le veía. Aquellas gentes, en cambio, esperaban el tranvía, miraban su reloj y se paraban delante de los escaparates.

Me extrañó que las tiendas estuvieran abiertas todavía. Cuando salí del metro creí que era muy tarde, noche cerrada casi. Allí enfrente, en la otra acera, estaba la librería donde yo hago mis compras, con la puerta abierta y el interior iluminado. De esta tienda a la boca del metro hay una distancia de cuatro o cinco casas. Me di cuenta con gran sorpresa de que no había pasado ni un minuto desde que salí a la calle. Exactamente al mismo tiempo me acordé de todo lo que había hecho por la tarde, de los sitios en donde había estado y de las personas con quienes hablé.

Decidí atravesar la calle y librarme de una vez de aquella pesadilla. Lo hice sin volver a mirar la sombra del hombre desconocido, casi corriendo, y con la agitación y el desasosiego de quien deserta de una batalla.

Entré en la tienda de libros casi sin respiración. Allí estaba mi amigo Lino, haciendo unos paquetes. Me saludó, me preguntó por los estudios y por la familia. Me dijo que me encontraba

sofocada. Se reía con una sonrisa impersonal. Yo estuve hablando durante un rato que me pareció bastante largo, y revolviendo en las estanterías. Luego hice no sé qué compra y me despedí.

De nuevo en la calle, el aire se había hecho fresco y húmedo, delicioso de respirar. Escudriñé a lo lejos, delante y detrás de mí, en las dos aceras y en la calzada. Volví a cruzar la calle. El hombre ya no estaba. Nunca más le vería. No sabría cómo eran sus ojos ni su voz.

«Es primavera», pensé como si lo descubriera entonces. Y eché a andar distraída entre las gentes. Sentía la sensación de haberme dejado escapar un tren. Ya no tenía ocupación, ni prisa, ni cuidado. Toda la ciudad oscurecida se me abría como un interminable perdedero.

Las gentes seguían yendo y viniendo. Eran de mi tamaño y algunas me miraban al pasar, como si me conocieran. En la esquina estaba sentado el pobre de las barbas de alambre, medio dormido.

Me dolía la cabeza y tenía mucha desazón. La bocacalle siguiente era ya la de mi casa.

Entonces tropecé con alguien que estaba apoyado en un árbol de la acera. Y antes de alzar vivamente la cabeza ya sabía que era él. Y las palabras que iba a decir se me helaron contra los ojos del hombre desconocido que me estaban mirando en lo oscuro certeros y mordaces. Eran unos ojos

demasiado grandes para el rostro, el rostro era de carne muerta. Eso era; unos ojos terribles, vivos, injertos en una masa de carne muerta.

Aquella vez los había visto bien. La boca, la mejilla, todo se confundía. Eran más grandes que la noche entera y estaban más cerca de mí que ninguna cosa. Amenazaban con tragarme. Me separé despavorida y en el mismo momento el hombre se echó a reír con una risa fría y torrencial que cubría todos los rumores. Las gentes habían enmudecido otra vez, volvían a cubrirse con su máscara. Sentí que no me oirían si pedía socorro. No se oía más ruido que el de aquella risa. Eché a correr locamente, chocando contra los cuerpos de los transeúntes que cedían como de algodón y perseguida por aquella carcajada larga, larga, que crecía cuanto más corría yo y, al llegar a mis pies, era helada como el río en invierno.

Al llegar a casa las piernas me flaqueaban. Me fui directamente al espejo de la salita.

—Paula, ¿tengo mala cara?

—¿Cómo dices, hija mía?

—¡Que si tengo mala cara!

Paula es sorda. Paula es la vieja cocinera que pasó toda la vida con su sobrina al servicio de mis

abuelos. Ellas me cuentan ahora a mí las largas historias de los abuelos, de aquella pobre que venía a por las sobras de la comida en vida de la señora, que Dios tenga en su gloria, de mi padre y de mí cuando éramos niños. Como no tienen sentido histórico de la narración, muchas veces me parece que mi padre y yo hemos sido niños al mismo tiempo y que he jugado con él junto al fogón de la cocina mientras Paula nos contaba aquellos cuentos de mendigos y de leñadores.

Paula me miró alarmada y dijo que ella no me encontraba mala cara. ¿Es que me dolía algo? ¿Qué me dolía? Marcelina había venido también, sin hacer ningún ruido, como siempre, y las dos esperaban mi respuesta, mirándome. Estaban detrás de mí, una a cada lado, estábamos las tres dentro del espejo y allí nos mirábamos con perplejidad. Teníamos los ojos abiertos, pero nuestras miradas estaban separadas por el humo denso de aquella música que yo no podía oír. ¿De qué iba disfrazada yo? ¿Habría perdido mi careta? Me pasé la mano por la frente. No, no me dolía nada. Pero estaba cansada y me iba a acostar pronto.

Marcelina dijo que mi cabeza trajinaba demasiado, y noté que lo decía con una tímida admiración. Ella que es sacrificada, ignorante y trabajadora admiraba el trajín de mi cabeza. Se me infló por unos instantes un disfraz pomposo y multicolor.